



Homilía

Novena en honor de Ntra. Sra. del Rosario Fiesta de los Santos Arcángeles *Bornos, Jueves 29 de Septiembre de 2011*

Sr. Párroco; Hdad. de Ntra. Sra. del Rosario; devotos de la Virgen y hermanos/as todos:

La Fiesta litúrgica que la Iglesia celebra hoy de los Santos Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael, en cierto modo nos motiva de una forma especial para enaltecer más debidamente a la **Virgen María, Nuestra Señora del Rosario**, en esta Novena en su honor, -cercana ya la fiesta solemne de su salida procesional-, en cuanto que en el misterio que envuelve a la persona, la vida y la misión de la Virgen, en orden a la salvación de todos los hombres -propiciada por la encarnación en su seno del Hijo de Dios-, los ángeles han tenido una intervención muy señalada.

En particular, hoy haremos mención de estos tres importantes espíritus, los más cercanos a la Divinidad y que la ciencia sagrada denomina "*Arcángeles*", por el lugar de primacía que ocupan dentro de la jerarquía celestial de los "*servidores de Dios*" –de esta forma denomina la Escritura a los espíritus angélicos: "*servidores de Dios y cumplidores de sus órdenes*" (cf Sal 103 (102) 20-21)- así como por las altas misiones que como tales "*príncipes celestiales*" tienen encomendada.

A este respecto, vamos a partir de una de las homilías de San Gregorio Magno sobre los Evangelios, que explicita claramente lo que la Iglesia venera en esta advocación:

“Hay que saber que el nombre de «ángel» designa la función, no el ser, del que lo lleva. En efecto, aquellos santos espíritus de la patria celestial son siempre espíritus, pero no siempre pueden ser llamados ángeles, ya que solamente lo son cuando ejercen su oficio de mensajeros. Los que transmiten mensajes de menor importancia se llaman ángeles, los que anuncian cosas de gran trascendencia se llaman arcángeles. Por la misma razón se les atribuyen también nombres personales, que designan cuál es su actuación propia. Porque en aquella ciudad santa, allí donde la visión del Dios omnipotente da un conocimiento perfecto de todo, no son necesarios estos nombres propios para conocer a las personas, pero sí lo son para nosotros, ya que a través de estos nombres conocemos cuál es la misión específica para la cual nos son enviados. Y, así, «Miguel» significa: «¿Quién como Dios?», «Gabriel» significa: «Fortaleza de Dios» y «Rafael» significa: «Medicina de Dios»”.

Pues bien, hoy, a los pies de **Nuestra Madre y Patrona Nuestra Señora del Rosario**, profundizaremos en la misión de cada uno de ellos, misión que viene confirmada y cumplida en María, quien, dado el lugar único que ocupa dentro del plan salvífico de Dios para la humanidad, ha sido objeto no sólo del amor especial de Dios en sus tres Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, sino centro y veneración de todo el cielo en sus distintos órdenes espirituales. Por eso la Iglesia la invoca como "*Reina de los Ángeles y Arcángeles*", además de "*Reina de todos los Santos*",

abarcando a los Patriarcas, Profetas, Apóstoles y a cuantos, llamados a compartir la Mesa del Reino de Dios, la aclamarán al final de los tiempos como *“Reina y Señora de todo lo creado”*.

Miguel: ¿quién como Dios?

El nombre de Miguel en hebreo –mi-ka-el significa literalmente *“quién como Dios”* y esa ha sido una de las misiones que la Escritura y la Tradición han atribuido al Arcángel: llevar el mando y la iniciativa a favor de la causa de Dios contra el diablo y sus ángeles. De esta lucha nos hablan en sus Cartas tanto San Judas (cf 1,9) como San Pedro (Cf 2 Pe 2,4s). Pero, sobre todo, es el Apocalipsis donde se narra este combate, una de cuyas batallas se desarrolla en defensa de *“la mujer encinta que da a luz un hijo varón, arrebatado más tarde hasta el trono de Dios”*. La Tradición lo ha identificado con Nuestro Señor Jesucristo, *“sentado a la derecha del Padre”*; y a la mujer como una imagen de la Iglesia, representada en ese icono de la Inmaculada Concepción, descrita de forma simbólica por San Juan y tan bellamente plasmada en el arte por multitud de pintores y escultores:

“Una gran señal apareció en el cielo: una Mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza; está encinta, y grita con los dolores del parto y con el tormento de dar a luz. Y apareció otra señal en el cielo: un gran Dragón rojo, con siete cabezas y diez cuernos... El Dragón se detuvo delante de la Mujer... para devorar a su Hijo ... La mujer dio a luz un Hijo varón, el que ha de regir a todas las naciones... y su hijo fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono.... Entonces se entabló una batalla en el cielo: Miguel y sus Ángeles combatieron... También el Dragón y sus Ángeles combatieron, pero no prevalecieron... el llamado Diablo y Satanás, el seductor del mundo entero fue arrojado a la tierra y sus Ángeles... con él... Entonces despechado contra la Mujer, se fue a hacer la guerra al resto de sus hijos, los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús”. (Cf Ap 12)

Luego, el auxilio de San Miguel sigue presente y necesario en la Iglesia. El mensaje de Fátima lo atestigua. Ante un mundo que se erige por encima de Dios y ante un dragón que quiere eliminarlo, María nos invita a la humildad de sabernos necesitados y a la verdad de creer que sólo el Señor tiene el poder y la gloria. La Virgen se hace eco de este poder de Dios a favor de la justicia y de los oprimidos en su canto del Magnificat:

“Proclama mi alma la grandeza del Señor... Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los que son soberbios en su propio corazón. Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes” (Cf Lc 1, 46. 51s).

Gabriel: fortaleza de Dios

“Fortaleza de Dios” es el nombre de Gabriel. Aunque diversas tradiciones le han atribuido algunos episodios, como aquel que mantuvo una lucha con Jacob, o el ángel que detuvo el brazo de Abraham cuando iba a sacrificar a su hijo, en la Escritura aparece desvelándole al Profeta Daniel algunos acontecimientos del final de los tiempos (Cf Dan 8, 15-27). Pero, sobre todo, para nosotros es conocido -y podríamos decir que casi de una forma familiar- como el *“celestial mensajero”* enviado por Dios para servir de interlocutor a la Virgen, según nos describe San Lucas la escena de la Anunciación:

“... fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María”. (Cf Lc 1, 26s).

Indudablemente en ese pasaje se pone de manifiesto la importancia del enviado y lo delicada y sublime de la misión de Gabriel, dado el alto contenido del mensaje que venía a transmitir y quién era persona destinataria a quién saludaría diciéndole: *“haille, kejaritomene”, “alégrate, llena de gracia”*: una virgen nazarena desposada con José, sucesor de David. En el diálogo que sigue, más que la fortaleza del Arcángel –como es su nombre-, destaca la entereza de María, que acepta el

reto y la aventura de ser la Madre del Hijo del Altísimo, poniéndose incondicionalmente al servicio de los planes de Dios: *“he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra”* (Cf Lc 1, 38).

Y *“fortaleza”* que María mostrará de forma patente en la *“hora”* decisiva vivida en el Calvario, como nos narra San Juan: *“Junto a la Cruz de Jesús estaban su Madre...”*, acompañada del discípulo amado y varias mujeres. Y más tarde, un *“stabat mater”* que se prolonga amparando y acogiendo en su Corazón a todos los Apóstoles que *“en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos”* estaban a la espera pentecostal del Espíritu Santo (Cf Hech 1, 14).

Fortaleza es, pues, lo que María nos invita a tener en un mundo donde es difícil vivir la fe. Es esa fortaleza la que hemos presenciado en la JMJ en Madrid: cómo miles de jóvenes testimoniaban su fe, contagiaban su alegría y sin miedo a la extorsión o los insultos de algunos, hacían resplandecer, sin ostentación, la serena esperanza que aporta la presencia y el amor de Dios.

Rafael: medicina de Dios

“Medicina de Dios” significa el nombre del tercer Arcángel, según la misión que desempeña en el libro de Tobías, ante quien se identifica diciendo: *“Yo soy Rafael, uno de los siete ángeles que están siempre presentes y tienen entrada a la Gloria del Señor»*. (Cf Tb 12, 15). Una misión material curando a Tobías padre de su ceguera a partir de un remedio preparado con un pez; y una misión espiritual de acompañamiento del hijo en un largo viaje, al mismo tiempo que haciendo de mediador ante el Señor:

“Cuando tú y Sara hacíais oración, era yo el que presentaba y leía ante la Gloria del Señor el memorial de vuestras peticiones” (v. 12)

Si medicina fue lo que trajo el Arcángel San Rafael al padre de Tobías para curar su ceguera, Cristo es la medicina que necesita el hombre de hoy y de todos los tiempos para salir de sus egoísmos y soberbias que le impiden ver la luz. Luego, la *“medicina de Dios”* la porta María en sus brazos: es ese Niño pequeño que nos presenta su Madre, **Ntra. Sra. del Rosario**, el que le da sentido y sabor a nuestra vida, nos ayuda en la debilidad, nos fortalece en la adversidad, nos acompaña en el camino y nos abre el futuro a la eternidad.

Por tanto, hermanos, unámonos a la fiesta del cielo en este día venerando a los Santos Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael. Y en la comunión de los Ángeles y de los Santos, glorifiquemos a la **Virgen María, nuestra Madre del Rosario y Patrona de Bornos**; que Ella nos ayude en el combate de la defensa de la fe, guarde en nuestro corazón el mensaje del Evangelio y cure nuestro afán de suficiencia, llevando a la práctica sus consejos, que siempre nos llevan a Cristo: *“haced lo que El os diga”* (Cf Jn 2, 5). Así sea.

+ José Mazuelos,
Obispo de Asidonia-Jerez